

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

Acerca Del Capital Social Como Herramienta De Análisis. Reflexiones Teóricas En Torno A Un Análisis De Caso.

Alicia B. Gutiérrez.

Cita:

Alicia B. Gutiérrez (2004). *Acerca Del Capital Social Como Herramienta De Análisis. Reflexiones Teóricas En Torno A Un Análisis De Caso. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/10>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

ACERCA DEL CAPITAL SOCIAL COMO HERRAMIENTA DE ANÁLISIS. REFLEXIONES TEÓRICAS EN TORNO A UN ANÁLISIS DE CASO.

Alicia B. Gutiérrez

Universidad Nacional de Córdoba – Centro de Sociología Europea

E-mail: aliciagutierrez@arnet.com.ar

I. Introducción

Pretendo aquí compartir una serie de reflexiones acerca de la noción de capital social como herramienta de análisis, a partir de una investigación realizada durante más de diez años. Es decir, estas reflexiones no son sólo el resultado de discusiones teóricas, sino también, y sobre todo, de su utilización como concepto en el marco de un estudio empírico concreto: el análisis de las estrategias de reproducción social de un conjunto de 34 familias residentes en un barrio pobre cordobés, lo que supone la reconstrucción de las trayectorias de esas familias en el marco de la historia colectiva de treinta años de nuestro país (Gutiérrez, 2004a).

Primero, haré una referencia breve al marco de la discusión teórica que enlaza los conceptos de redes y de capital social, desde una perspectiva inspirada en los análisis de Bourdieu y, luego, señalaré los distintos aspectos que pueden destacarse desde esa mirada del concepto, señalando sus capacidades heurísticas y sus exigencias metodológicas.

II. Redes y capital social: lectura crítica y definición

El “capital social” ha sido y es objeto de distintas discusiones teóricas respecto a su importancia y a su relación con otras especies de capital, como el “capital humano”, especialmente desde un marco de análisis de redes sociales¹.

Denis Baranger (1997, 2000) observa cómo el análisis de las redes sociales (ARS) remite en primer lugar a la escuela británica de antropología social, especialmente a Radcliffe Brown y su conocida definición de 1940, según la cual la red, entendida como metáfora, quedaba situada en el nivel de las relaciones existentes y observables, y la estructura social se concebía como completamente identificada a la red. Sin embargo, el mismo autor introducía luego una distinción entre la estructura como realidad concreta directamente observable (“la serie de relaciones realmente existente en un momento dado”) y “la forma general o normal de esta relación, abstraída de las variaciones de los casos particulares y proponía que la estructura social se describiera por los modelos de conducta a los que los individuos y los grupos se ajustaban en las relaciones mutuas” (Baranger, 1997: 4).

Así, dentro del funcionalismo, la red fue, originalmente, otro nombre para describir la estructura social, al menos cuando se trataba de sociedades simples, y cuando la antropología se volcó al estudio de las sociedades complejas, la aplicación del ARS se desplazó, pasando por Barnes y Mitchell, desde el dominio de los comportamientos prescritos, hacia un ámbito de relaciones que, por no estar culturalmente normadas, constituían una suerte de conjunto residual.

Mitchell (1969) sugiere que pueden distinguirse los usos metafóricos y los usos analíticos del concepto de red, es decir, aquellos usos que no tienen gran valor heurístico y aquellos que constituyen herramientas para investigar y descubrir

las propiedades formales de las redes en diversos contextos, como se reconoce en la literatura antropológica el caso del estudio de Barnes (1954) sobre la pequeña comunidad noruega de pescadores y granjeros de Bremnes o el de Bott (1957) sobre roles conyugales y relaciones extrafamiliares en familias londinenses.

Ahora bien, Mitchell (1974) señala que el análisis de red supone un tipo particular de abstracción más que un tipo particular de relación, con lo que, los usos de esa abstracción pueden variar, lo que lleva a Hannerz (1986) a decir que no hay, entonces, una “teoría de la red” “en el sentido de un conjunto de proposiciones lógicamente interrelacionadas y comprobables” (Op. cit.: 200).

Siguiendo a Baranger (1997, 2000), frente a quienes suponen actualmente que el ARS constituye una teoría y que contiene los principales rasgos definitorios de un “paradigma” en el sentido de Kuhn, coincide en que el ARS “no pasa a ser una metodología, entendida como un conjunto de instrumentos susceptible de ser utilizado en contextos teóricos muy variados y para propósitos prácticos de muy diversa índole” (Baranger, 1997: 2).

Así, uno puede observar que el ARS se inserta sin demasiados problemas dentro de un marco consistente en alguna forma de conductismo (por ejemplo la teoría del intercambio, en su vertiente individualista, inaugurada por Homans) o en el individualismo metodológico, donde la red “es apenas un elemento más que integra el contexto de condiciones dentro del cual el individuo adopta libremente y con plena conciencia sus decisiones racionales, esto es, tendientes a la maximización de su interés” (Ibídem: 6).

Por su parte, la noción de “capital social” se ha convertido prácticamente en un lugar común en la bibliografía del ARS, y son innumerables los trabajos que se

han basado en esta idea de cómo las redes sociales pueden ser consideradas como un auténtico “capital social”, susceptible de ser utilizado por los actores en la consecución de sus propios fines e intereses. Particularmente James Coleman señalaba que “La función identificada por el concepto de ‘capital social’ es el valor de esos aspectos de la estructura social para los actores, como recursos que pueden ser utilizados por los actores para realizar sus intereses” (Coleman, 1990: 305, citado por Baranger, 2000).

Ahora bien, es necesario tener en cuenta varias cuestiones en los distintos contenidos que se le da a la noción de “capital social”.

En primer lugar, el análisis de las redes sociales se refiere a un enfoque interaccionista del problema (las mismas se explican a través de las interacciones concretas y reales entre individuos) frente a un enfoque, a mi juicio más rico, que es el que privilegia el análisis de las estructuras que dan fundamento a las interacciones, aunque, por su misma postura de que los agentes no son meros autómatas totalmente determinados por las estructuras, dicho análisis tiene en cuenta también, el nivel de las prácticas concretas y de las interacciones.

En segundo lugar, especialmente Coleman, le da un contenido sustancialista a la noción de capital en general: “se trata en definitiva de una ‘cosa’, en el sentido de algo de que se crea y está allí, independientemente de cuál pueda ser la modalidad de su utilización. Y agrega que, mientras el capital físico es totalmente tangible, y el humano ya lo es menos por estar incorporado en las habilidades y el conocimiento adquiridos por un individuo, el capital social es aún menos tangible, al estar incorporado en las relaciones entre las personas”

(Baranger, 2000: 11), frente a una noción de capital que claramente remite a Marx y que sostiene que el capital, antes que una cosa, es una relación social. Finalmente, en el concepto estrechamente económico de Coleman no está en absoluto presente la idea de dominación, frente a la concepción de Bourdieu, que, remitiendo a la visión marxiana, define a las distintas especies de capital como diferentes especies de poder que se distribuyen desigualmente en los distintos campos, generando con ello estructuras de posiciones de dominación-dependencia.

En definitiva, en oposición al concepto sustancialista de capital que plantea Coleman (1988), Bourdieu mantiene una concepción del capital que es fundamentalmente relacional en todas sus especies y sus sub-especies, incluyendo, por supuesto, el capital social. Ahora bien, coincido con Baranger en el sentido en que este capital social no deja de ser relacional en otro aspecto, como veremos más adelante, en la medida en que aparece basándose primariamente en *otro* tipo de relaciones, que son justamente las que toma en cuenta el ARS: el capital social viene, así, a ser relacional por partida doble, al estar referido a relaciones sociales entre agentes que interactúan (Baranger, 2000).

En mis investigaciones, propongo tomar el capital social (en relación con la noción de red social) definiéndolo como “conjunto de recursos actuales o potenciales que están ligados a la posesión de una *red duradera de relaciones* más o menos institucionalizadas de interconocimiento y de inter-reconocimiento; o, en otros términos, *a la pertenencia a un grupo*, como conjunto de agentes que no están solamente dotados de propiedades comunes (susceptibles de ser percibidas por el observador, por los otros o por ellos

mismos) sino que están también unidos por *lazos permanentes y útiles*” (Bourdieu, 1980: 2 –subrayado del autor-).

El capital social está ligado a un círculo de relaciones estables que son el producto de “estrategias de inversión social consciente o inconscientemente orientadas hacia la institución o reproducción de relaciones sociales directamente utilizables, a corto o a largo plazo” (Ibídem).

En otras palabras, sería el conjunto de relaciones sociales que un agente puede movilizar en un momento determinado, que le pueden proporcionar un mayor rendimiento del resto de su patrimonio (los demás capitales, económico y cultural especialmente). Además, son también una fuente de poder, y por ello constituyen “algo que está en juego”, que se intenta acumular y por lo cual se está dispuesto a luchar.

El capital social es, por otra parte, como todo capital, un poder que exige inversiones permanentes, en tiempo, en esfuerzo, en otros capitales, y que puede aumentar o disminuir, mejorando o empeorando las chances de quien lo posea. Se fundamenta pues, en lazos permanentes y útiles, que se sostienen en intercambios, a la vez, materiales y simbólicos.

Precisando un poco más el concepto, es necesario tener en cuenta que lo que se “moviliza” no son estrictamente “personas”, sino los capitales o recursos de los cuales están dotados esas personas: se ponen en marcha mecanismos que mueven poder, asociados a posiciones que ocupan agentes determinados, posiciones que tienen propiedades independientes de los individuos que las ocupan.

III. Las dimensiones del concepto: potencialidades heurísticas

A modo de lo que considero un primer esbozo de la cuestión, intentaré relacionar las diferentes dimensiones que pueden tomarse de la definición teórica del concepto con resultados empíricos, a fin de reflexionar sobre las potencialidades heurísticas del mismo:

III.1. El capital social es un recurso: El capital social es un recurso (y, por ello, una fuente de poder), que puede ser acumulado, que puede invertirse, que puede perderse y que puede reconvertirse en otras especies de capital, cuando las condiciones estructurales lo permiten. Uno de los aportes fundamentales del trabajo de Bourdieu, es el de extender la *lógica económica* al análisis de toda práctica social, y es en ese sentido que uno puede decir que, en este aspecto, a la vez que recupera a Marx, Bourdieu marca una ruptura con el marxismo.

Recupera a Marx en cuanto retoma su lógica de análisis en términos de *lógica económica*, pero marca una ruptura al extender esa lógica a otros campos diferentes que el económico, logrando así construir instrumentos que permiten explicar las prácticas sociales sin reducirlas exclusivamente a causas económicas. La ruptura con el marxismo se expresa fundamentalmente en la extensión de los conceptos de *capital* y de *interés* a otros campos sociales que el económico: de este modo, pueden explicarse todas las prácticas, incluso aquellas que se pretenden desinteresadas o gratuitas, como prácticas económicas, como acciones orientadas hacia la maximización del beneficio, material o simbólico. (Gutiérrez 2004b)

En el caso del análisis de la pobreza, tomar en cuenta la variedad de recursos con los que cuentan las familias, supone sostener la tesis de que es necesario

explicar y comprender las estrategias de los pobres a partir de lo que tienen y no tanto de lo que les falta, de sus capitales, más que de sus necesidades básicas insatisfechas.

De este modo, el capital social es uno de los tipos de recursos utilizables por las familias para crear y poner en marcha distintos tipos de prácticas, que les permitan hacer frente a sus necesidades cotidianas y de reproducción social. Ya los clásicos análisis de Lomnitz (1978 y 1979) señalaban que las redes de intercambio recíproco de bienes y servicios se presentan como recursos alternativos claves para la resolución de los diferentes problemas a los que se enfrentan las familias pobres, debido a la inseguridad económica crónica a la que se ven sometidas. Dichas redes movilizan los “recursos sociales”, uno de los pocos recursos accesibles a los “grupos marginales” y cuya movilización se apoya en estructuras institucionales “tradicionales” (parentesco, vecindad, compadrazgo y amistad masculina) que contribuyen así a actualizarlas y reforzarlas.

III.2. Como recurso, el capital social puede cobrar diferentes formas. En el análisis concreto que he realizado, he podido identificar tres formas de capital social: individual, familiar o doméstico y colectivo. El capital social bajo la forma individual es el que se pone en marcha de manera independiente por algún miembro de la familia: es susceptible de ser identificado, especialmente, a la hora de buscar y conseguir un trabajo. El capital social familiar o doméstico es la forma que adquiere en el seno de una familia y que, siendo necesarias su acumulación y su mantenimiento, indica vías estratégicas de acción. Es también el capital “base” para la implementación de redes que ligan, como veremos más adelante, a las familias pobres entre sí. El capital social colectivo

puede tomar la forma “informal” de redes que enlazan de diferente manera (es decir, con posiciones diferentes) a las familias que he estudiado y que de ese modo resuelven algunas necesidades cotidianas o, también, puede mostrarse institucionalizado bajo la forma de una Cooperativa de Vivienda y Consumo, forma jurídica apropiada para canalizar los recursos que provienen del Estado o de organismos no gubernamentales.

III.3. Como recurso, el capital social es un elemento para posicionar a los agentes en el espacio social. El espacio social en la perspectiva de Bourdieu se construye a partir de tres dimensiones: volumen del capital (es decir, conjunto de capitales económico, cultural, social y simbólico); estructura del capital (es decir, porcentaje del peso de cada una de las especies en el conjunto del patrimonio) y trayectoria de los mismos. En consecuencia, en el momento de analizar la dinámica de ese espacio, partiendo de lo que Bourdieu llama las “estrategias de reproducción social”, uno de los factores explicativos fundamentales es, precisamente, el volumen y la estructura del capitalⁱⁱ: principio a partir del cual se definen las posiciones sociales.

En el ámbito de los análisis de la pobreza, identificar una categoría analítica que permita posicionar a las familias pobres supone un paso importante: recuerda el contenido equívoco del término “marginalidad”, sobre todo cuando está asociada a la concepción dualista de marginalidad-integración (por definir “al margen” a individuos y grupos que no están fuera de la sociedad global, sino que, estando dentro de ella, ocupan las peores posiciones), a la vez que avanza respecto a aquellas posturas que definían a la “marginalidad social” como “una manera de estar ubicado en el sistema”, pero sin precisar

instrumentos analíticos que nos permitieran conceptualizar esa “manera de estar ubicado”.

III.4. El capital social está ligado a la noción de clase social. Siendo una de las cuatro grandes especies de capital, el capital social constituye entonces un principio de definición de “clase social”. Para Bourdieu, la clase no puede ser definida sólo por una propiedad, aunque ésta sea una propiedad muy importante como la posición en las relaciones de producción. Aquí marca el autor una ruptura con la concepción de clases en Marx, ruptura con el economicismo que define las clases sólo por las relaciones de producción económica y de este modo, reduce el campo social al campo meramente económico y desconoce la importancia de otros recursos como los culturales, los sociales y los simbólicosⁱⁱⁱ.

Por otro lado, y recordando lo mencionado más arriba, decir que uno de los factores explicativos de las estrategias de reproducción social es el volumen y la estructura del capital, supone subrayar que estamos hablando de la reproducción de las clases sociales y de su dinámica en su conjunto, reproducción simultánea pues, de la pobreza y de la no-pobreza (y de la riqueza) y de los mecanismos de dominación-dependencia.

III.5. El capital social es relacional. Volviendo a lo planteado por Baranger (2000), el capital social es relacional “por partida doble”. Es decir, relacional en la medida en que se encuentra en un marco estructuralista que supone la existencia de relaciones entre posiciones, por un lado, y relacional en el sentido fenoménico en la medida en que alude a interacciones entre agentes sociales.

Quisiera precisar aquí algunos aspectos:

III.5.1. Las relaciones aluden a recursos, no a personas. Cuando un agente o grupo de agentes “moviliza” capital social (es decir, “relaciones”), sociológicamente hablando no moviliza a individuos concretos sino más bien a los recursos asociados a ellos. Así, he podido ver por ejemplo cómo el puntero político no vale estrictamente por sí mismo, sino por los capitales que puede transferir: capital económico (que puede consistir en diferentes tipos de bienes a obtener de modo inmediato o a plazos diferidos) o capital social (una “recomendación” para conseguir un trabajo).

III.5.2. Es un recurso que permite a los pobres relacionarse entre sí. En la investigación que he llevado adelante, la noción de capital social en su forma familiar o doméstica habilita a reconstruir lo que he llamado *redes de intercambio diferido intergeneracional* que unen a familias pobres entre sí, de dos generaciones diferentes, en un sistema de dones y contra-dones diferidos, que hace a la mujer-madre la principal productora y distribuidora de diferentes tipos de bienes y al hijo / hija y su familia los principales receptores. Esta dimensión es fundamental para comprender el sistema de estrategias de reproducción social que ponen en marcha especialmente las nuevas familias, las que se van conformando, parejas solas o con niños pequeños, que encuentran en el capital social doméstico que poseen, la posibilidad de tener una vivienda para alojarse, la disposición de enseres domésticos y la ocasión de recibir comida, ropa, calzado, algo de dinero, que entran al circuito de la red como donaciones o transferencias familiares. La madre-propietaria de la casa es la que concentra el conjunto de bienes, los acondiciona y luego los redistribuye entre los hijos según sus posibilidades y necesidades: se trata de un intercambio diferido, en la medida en que los hijos no devuelven lo recibido sino

en cuanto ocupen la otra posición generacional, en el momento en que se sientan obligados a hacer lo mismo con sus propios hijos, cuando comiencen su existencia como nueva familia.

III.5.3. Es un recurso que permite a los pobres relacionarse con los no-pobres. En efecto, en el estudio que he realizado he podido observar cómo el capital social en su dimensión colectiva es el recurso a partir del cual los pobres que he estudiado se relacionaron –sin ser necesariamente conscientes de este mecanismo- con un grupo de montoneros primero, luego con dos organizaciones no-gubernamentales y en distintos momentos con candidatos y punteros políticos radicales y peronistas. Entre ellos (es decir, entre pobres y no-pobres) se constituyeron distintos tipos de lo que llamo *red de intercambio de reciprocidad indirecta especializada*, redes donde se intercambiaban bienes y servicios, y, más específicamente, distintas especies de capital. Son especializadas, en la medida en que cada uno aporta sus recursos específicos: los pobres apuestan su capital social colectivo que es susceptible de reconvertirse, según las circunstancias históricas concretas, especialmente, en diferentes especies de capital político (en el sentido estricto, evidentemente, pero también en el sentido amplio, lo que incluye también lo político que se autodefine o es definido como “a-político”); los no-pobres aportan especialmente otras especies de capital (económico y cultural) para recibir el preciado capital político que constituye el poder eficiente para luchar en determinados campos.

En definitiva, aquí es necesario subrayar que los no-pobres buscan relacionarse con los pobres a partir de lo que ellos tienen y no de lo que les falta, de sus recursos y no de sus carencias. Por ello, la noción de capital social

como herramienta de análisis, permite estudiar de qué modo quienes viven en situación de pobreza no están “al margen” de la sociedad, sino que, ocupando la posición más desfavorable en el espacio social, se encuentran inmersos en estructuras que, la más de las veces, tienden a reforzar los mecanismos de dominación.

III.5.4. El capital social es relacional con respecto a la estructura (1).

Considerar al capital social como recurso relacional, supone que sólo puede analizarse en un contexto estructural. Ello implica reconocer que “no es una cosa”, que “no es sustancia”: su valor, sus posibilidades de acumulación y su tasa de reconversión en otras especies de capital dependen de condiciones históricas concretas. Así, he podido ver cómo, por ejemplo, el regreso del Movimiento Montoneros a la clandestinidad y el comienzo de las acciones represivas contra sus militantes, constituyeron las características más sobresalientes del cambio de las condiciones estructurales que hacen que el capital social acumulado por las familias estudiadas dejara de reconvertirse en capital político. En otras palabras, el capital político que se había acumulado, en relación con condiciones objetivas concretas, alcanzó, en relación con otras condiciones objetivas, un alto punto de desvalorización, y llevó a la gente del barrio a privilegiar estrategias de sobrevivencia física, a acumular desconfianza en la reconversión del capital social en capital político “colectivo”, y con ello, a la descomposición de la red de intercambios que los había unido al Movimiento, hasta desaparecer por completo con el Golpe de Estado de 1976. En realidad, la red consistía en una suerte de juego clientelar, donde los vecinos dicen que tomaban a los militantes montoneros “como políticos” –en el sentido de político-partidario-, es decir, como capital social, como recursos que

pueden ser movilizados para obtener otro tipo de bienes, pero que, llegado ese momento especial de la dinámica estructural, comienza a perder su valor de reconversión en otros tipos de capitales.

III.5.5. El capital social es relacional con respecto a la estructura (2). El peso que el capital social tiene en una estructura familiar y con ello, la importancia que tiene para definir la posición de la familia en el espacio social, y por lo tanto, la fuerza que ejerce en la definición de estrategias de reproducción social, sólo puede analizarse teniendo en cuenta la estructura, es decir, la escena social que constituyen las 34 familias estudiadas, en un intento de observar la diferenciación interna del conjunto^{iv}. El estudio se realizó a partir de un análisis de correspondencias múltiples –único medio de analizar relacionalmente las posiciones de las distintas unidades domésticas-, donde el capital social en primer lugar, y luego el económico y el cultural, aparecen como los principios fundamentales que definen posiciones distintas (fundados en lo que llamo “cuadros específicos de disponibilidad de recursos”), constituyéndose así en elementos de definición de estrategias laborales, habitacionales, educativas, etc., comunes y diferenciales.

En líneas generales, los diferentes “cuadros de disponibilidad de recursos” que caracterizan a zonas distintas de la escena social construida muestran, por un lado, un modo de reproducción casi exclusivamente basado en el capital social, con familias que obtienen a través del establecimiento y mantenimiento de redes de intercambio, los diferentes tipos de bienes para vivir, con estrategias muy marcadas de inversión en esa forma de capital. Por otro lado, un modo de reproducción basado en una estructura de capital diversificado especialmente en capital social y económico, con presencia de capital cultural: allí las mujeres

de esas familias cumplen un rol esencial en la gestión de las estrategias colectivas, que aseguran su modo de vivir en el sostenimiento y acumulación de esa forma del capital, al cual agregan capital económico especialmente proveniente del trabajo de los hijos residentes en la unidad doméstica, y donde la presencia del capital cultural muestra una estrategia de transmisión de la herencia de capital social a la que me referiré en el próximo apartado. Finalmente, un modo de reproducción fundado en una estructura de capital diversificado en capital económico y cultural, con capital social sólo bajo la forma de capital social doméstico, donde no hay participación alguna en las estrategias colectivas llevadas adelante por las demás familias, y donde la apuesta más importante consiste en la acumulación de capital escolar diferencial de los hijos (nivel medio de educación formal y aprendizajes no-manuales, como mecanografía, inglés y computación). Ahora bien, este último caso es excepcional: es el modo de reproducción de dos familias que, en los diferentes ámbitos de las estrategias, muestran siempre maneras diferenciales y se encuentran completamente ausentes de los mecanismos formales de obtención de subsidios y otros bienes transferidos por el Estado con la intermediación de las ONGs.

III.6. El capital social es un “enjeu”

Como recurso, como fuente de poder, el capital social es también un *enjeu*, una apuesta, algo que está en juego y por lo que vale la pena jugar. Entiendo que esto que estoy planteando en relación con el ámbito específico de la pobreza, puede observarse en dos dimensiones:

III.6.1. “Enjeu” en las relaciones pobres - no-pobres: articulación de modos de reproducción de la pobreza y de la no-pobreza:

En efecto, la constitución y el mantenimiento de las diferentes *redes de intercambio de reciprocidad indirecta especializada* a las que he hecho referencia más arriba, permiten la construcción de escenas sociales que articulan sucesivamente varios modos de reproducción diferentes: básicamente el de los pobres *en* la pobreza y los de los no-pobres en sus campos específicos (de la no-pobreza): el de los montoneros en el campo político nacional y local, el de las ONGs en su propio espacio de juego en disputa por “beneficiarios”, el de los políticos-partidarios en su lucha por captar “clientela”. Más aún, con el correr del tiempo, cuando el capital social colectivo es monopolizado por un número reducido de familias (las que, en primera línea, ocupan los cargos directivos de la Cooperativa del barrio y las que, en segunda línea, administran y gestionan los recursos colectivos), se articulan *dos* modos específicos de reproducción de los pobres: el de los monopolistas y el del resto de las familias que sólo actúan como “público” o “beneficiarios”.

III.6.2. “Enjeu” en las relaciones pobres-pobres: monopolización y transmisión de la herencia

Poco a poco, he podido distinguir una suerte de *monopolio* ejercido por unas cuantas familias sobre la forma institucional del capital social colectivo, las de los líderes de primera y de segunda línea, que tuvieron un papel fundamental en la conformación histórica del barrio y que son los principales protagonistas de una serie de estrategias colectivas, algunas asociadas a diversos programas canalizados a través de las ONGs, otras ligadas a iniciativas propias, y desplegadas en la década de 1990: un taller de costura y tejido que se conformó como “micro-emprendimiento productivo”, un intento breve de instalar una guardería, un comedor “comunitario” que funciona con altibajos,

una serie de estrategias implementadas con los candidatos de los partidos políticos mayoritarios en los momentos preelectorales.

Estableciendo también aquí *redes de intercambio de reciprocidad indirecta especializada* con las ONGs, los representantes del Estado y los políticos-partidarios, los monopolistas hacen inversiones diferidas, que consisten fundamentalmente en el intercambio de tiempo, de un “saber hacer”, de esfuerzo, de iniciativa, de trabajo gratuito (en las distintas tareas de gestión y administración y puesta en funcionamiento del comedor y del taller y en la organización de los eventos con los candidatos), para obtener capital económico y también para reforzar su capital simbólico como *gestores de primer orden* que legitima su posición de líderes y los erige en representantes de las relaciones exteriores de la red local territorial.

Puede distinguirse entre ellos una primera línea especializada masculina, los *líderes de primera línea* que han venido ocupando esa posición a lo largo de toda la historia del barrio, comenzando cada uno de ellos la acumulación de su capital social y político en las dos “villas miseria” de origen. Son dos hombres que desempeñaron un papel importante en los momentos siguientes a la inundación y traslado al nuevo terreno, que fueron “identificados” como líderes por los Montoneros y que luego fueron institucionalizados como tales tras su elección como presidente y vice-presidente de la Cooperativa. Ambos luchan por la monopolización individual del capital social colectivo de primera línea y, a mediados de la década de 1990 y tras las alianzas de uno de ellos con quienes ocupan las posiciones de segunda línea en la gestión y desarrollo de programas sociales, se produce la exclusión del otro, que transfiere entonces su capital acumulado a otros espacios de juego: la participación activa en la

conformación de una Mutual en un barrio vecino y el inicio de su ejercicio como pastor protestante.

Hay también una segunda línea transversal femenina que une especialmente el capital social colectivo institucionalizado con las ONGs, el Estado y los políticos-partidarios, las *líderes de segunda línea*, un grupo de mujeres que también ha ocupado y ocupa posiciones de poder en la Cooperativa y que ha logrado acumular inicialmente su capital social y político en los tiempos iniciales de la historia del barrio. Son ellas especialmente las “gestoras de primer orden”, un grupo de 8 a 15 mujeres que llevan adelante las estrategias colectivas, entre las cuales se destacan especialmente cuatro a lo largo de todo el proceso que va desde 1973 hasta fines de la década de 1990. Unidas por lazos de parentesco y amistad desde que eran vecinas en las “villas miseria” de origen, ellas también son las que preparan la entrada de las mujeres de la segunda generación, sus herederas en obra social, las hijas, ahora “gestoras de segundo orden”. Las herederas son tres hijas mujeres que han hecho apuestas de acumulación en capital escolar: realizaron bachilleratos acelerados para adultos, unos años después de haber finalizado la escuela primaria, sostenidas económicamente por su propio trabajo como empleadas domésticas y constituyen casos excepcionales en sus respectivas familias. Al capital social y simbólico heredado a través de la familia y acumulado especialmente por la actividad de la madre, se le suma ahora un capital escolar que pareciera representar una apuesta fuerte para jugar en la red local y erigirse en sucesoras de la gestión colectiva.

IV. Palabras finales

He presentado aquí algunas reflexiones en torno al concepto de “capital social” que, como planteé al comienzo, son el resultado de un diálogo entre teoría y empiria. Luego de su utilización concreta como categoría analítica, me he permitido explicitar sus diferentes formas, dimensiones y exigencias metodológicas, en un intento de someter a discusión esta nueva construcción, que no pretende ser más que provisoria.

Para finalizar, quisiera subrayar que el concepto de capital social constituye una herramienta fundamental, en la medida en que posibilita la construcción de diferentes escenas sociales que habilitan a analizar relacionamente (en el doble sentido, como estructura y como interacción) las estrategias de las familias pobres con otros agentes sociales y, a la vez, introducir diferencias (y reconstruir relaciones de poder por la diferente apropiación del capital social) tras la aparente igualdad de la situación de pobreza.

Quienes viven en situaciones de pobreza despliegan una serie de estrategias que se entrelazan con las estrategias de otros agentes o grupos sociales que tienen sus apuestas en otros juegos y en ese entrelazamiento construyen espacios de articulación de uno y otro modo de reproducirse socialmente. Con ello, para avanzar en la comprensión y explicación del fenómeno de la pobreza y de los mecanismos que la sustentan y perpetúan, más que resolver si los pobres se encuentran o no al margen del espacio social, es importante develar la *manera como se sitúan* en ese espacio, a partir de qué capitales objetivados e incorporados, en relación con cuáles instrumentos de reproducción y en función de qué estado de la relación de fuerzas entre las clases.

Referencias bibliográficas

Baranger, Denis (1997). *La contribución del análisis de redes sociales al estudio de la frontera agraria. Análisis de casos en tres localidades de Misiones*, Documento de Trabajo PISPAD N° 15, Universidad Nacional de Misiones.

------(2000). "Sobre estructuras y capitales: Bourdieu, el análisis de redes, y la noción de capital social". En: *Avá*, N° 2, Universidad Nacional de Misiones, Misiones, pp. 41-63.

Barnes, J. A. (1954). "Class and Committees in the Norwegian Island Parish", en: *Human relations*, Vol. VII, N° 1, pp. 39-58.

Bott, Elizabeth (1957). *Family and social network; roles, norms and external relationships in ordinary urban families*, Londres, Tavistock Institute of Human Relations.

Bourdieu, Pierre (1980). "Le capital social. Notes provisoires". En: *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, No. 31, pp. 2-3.

------(1990). "Espacio social y génesis de las 'clases'". En: Bourdieu, Pierre, *Sociología y Cultura*, México, Grijalbo, pp. 281-309.

Burt, Ronald (1995). "Le capital social, les trous structuraux et l'entrepreneur", en: *Revue Française de Sociologie*, XXXVI-4, pág. 599-628.

Coleman, James (1988). "Social capital in the creation of human capital", *American Journal of Sociology*, 94, pp. 95-121.

------(1990). *Foundations of Social Theory*, Cambridge (MA), The Belknap Press of Harvard University Press.

Gutiérrez, Alicia (2004a). *Pobre' como siempre. Estrategias de reproducción social en la pobreza*, Córdoba, Ferreyra Editor.

------(2004b). "Con Marx y contra Marx. El materialismo histórico en la perspectiva de Boudieu", en: *Revista Complutense de Educación*, Vol 14, Nº 2, 2003, Universidad Complutense de Madrid, en prensa.

Hannerz, Ulf (1986). *Exploración de la ciudad*, México, Fondo de Cultura Económica.

Lin, Nan (1995). "Les ressources sociales: une théorie du capital social", en : *Revue Française de Sociologie*, XXXVI-4, pág. 685-704.

Lomnitz, Larissa (1978). *Como sobreviven los marginados*, Siglo XXI, México.

------(1979) "Mecanismos de articulación entre el sector informal y el sector formal urbano", en: Tokman, Víctor (compilador), *El subempleo en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO-El Cid Editor, 1979, pág. 243-271.

Mitchell, Clyde (1969) "The concept and use of social networks, en: Mitchell, Clyde (ed.), *Social Networks in Urban Situations. Analysis of Personal Relationships in Central African Towns*, Manchester, Manchester University Press, pp. 56-98.

----- (1974) "Social Networks", en: *Annual Review of Anthropology*, Palo Alto, California 3, pp. 279-299.

ⁱ Ver, por ejemplo, los distintos artículos de: *Revue française de sociologie*, XXXVI-4, octubre-diciembre 1995, especialmente Lin (1995) y Burt (1995) y también Coleman (1988).

ⁱⁱ Los otros tres factores son: estado de los instrumentos de reproducción, estado de la relación de fuerzas entre las clases y habitus incorporados. Ver Gutierrez, 2004a, especialmente capítulo 1.

ⁱⁱⁱ Las otras dos rupturas que Bourdieu señala respecto a la concepción de clases en la teoría marxista son: con el sustancialismo (propone clases "en el papel", "clases probables", "cases construidas", diferente a la "clase real", a la "clase movilizada") y con el objetivismo (las clases no sólo mantienen entre sí relaciones objetivas sino que además mantienen relaciones simbólicas). Bourdieu, 1990. Ver Gutiérrez, 2004b.

^{iv} La escena social se construyó tras la hipótesis de definir las estrategias de reproducción social a partir del volumen y de la estructura del capital.

Como variables (cada una con diferentes modalidades) de *capital económico* y a fin de tener en cuenta el conjunto de posesiones materiales de la unidad doméstica y la disponibilidad de recursos económicos, se consideró: ingresos monetarios de los jefes de familia; ingresos monetarios de las mujeres no-jefas de familia; ingresos monetarios totales de los hijos que residen en la unidad doméstica; modo de tenencia de la vivienda; calidad de la vivienda; servicios con que cuenta la vivienda; cama para cada miembro de la familia; equipamiento doméstico; tenencia de algún tipo de vehículo; recibe bono solidario; recibe regularmente ingresos no-monetarios; tiene tarjeta de crédito o participa en mecanismos formales de crédito en dinero; y ocupación del jefe de familia.

Como variables (cada una con sus modalidades) de *capital cultural* se tuvo en cuenta capital escolar, adquisición de otro tipo de habilidades y / o destrezas y manejo de cierto tipo de informaciones, por su importancia en las estrategias escolares y su incidencia más amplia en el espacio estratégico familiar e interfamiliar. Por ello se consideró: nivel de escolarización formal alcanzado por el hombre; otros aprendizajes realizados por el hombre; nivel de escolarización formal alcanzado por la mujer; otros aprendizajes realizados por la mujer; nivel de escolarización formal más elevado alcanzado por los hijos que viven en la unidad doméstica; e información que se posee para la gestión de trámites.

Como variables (cada una con sus modalidades) de *capital social* y a fin de tener en cuenta la posibilidad que cada unidad doméstica tiene de movilizar "relaciones", recursos sociales, se tomaron dos conjuntos de indicadores, uno relativo a las "ayudas" concretas que han recibido alguno de los miembros de la unidad doméstica y el otro relativo a lo que se podría llamar "participación institucional". Por ello se consideró: se contó con ayuda en la obtención de subsidios; se contó con ayuda en la obtención de jubilación y / o pensión; se contó con ayuda en la obtención de trabajo; se contó con ayuda en la obtención de dinero; se contó con ayuda en la obtención ingresos no monetarios; algún miembro de la familia es socio de la Cooperativa; algún miembro de la familia ocupó cargo en la Cooperativa; algún miembro de la familia ocupó cargo en otra Organización de base o Centro Vecinal o Mutual; algún miembro de la familia participó en la Comisión originaria del barrio; algún miembro de la familia ocupó cargo en sindicato; algún miembro de la familia participa en partido político; algún miembro de la familia participa en grupo religioso; y pertenencia al barrio desde que se formó.

Además de estas variables, se incorporaron las que remiten a la composición familiar y al ciclo vital por el que transita la familia. La combinación de estas últimas dos variables indican los recursos asociados a la cantidad y condiciones físicas (ligadas especialmente a la edad) de los miembros que integran la unidad doméstica.